

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO II.

Madrid, 5 de Agosto de 1894.

Núm. 58.

EN EL VERANO



DURMIENDO LA SIESTA

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE F. A.

ACTUALIDADES

No pasa nada; esto lo decimos todos á una, y lo seguiremos diciendo hasta que Dios quiera que pase algo, y podamos variar de asunto nuestras crónicas.

En Madrid, los que, por desgracia, tenemos que pasar íntegro el verano, nos quedamos, además de con mucho calor, reducidos á vivir lo mismo que en un pueblo, y más este año, que ni siquiera divertirnos en público nos es factible.

Aludo á las verbenas; este año, como no sea el grato recuerdo de la de la Paloma, no tenemos otras á que poder asistir para tomar el fresco un poco distraídos, y aun ésta también nos la han suprimido hasta la próxima temporada de teatros.

Por no pasar, ni una peseta falsa que conserva con gran cariño un amigo mio; ni de un estado á otro muchísimas jóvenes tan simpáticas como guapas, que tampoco pasan por más que hacen, el *Puente de los Franceses*, sentadas ni en un coche de tercera.

Y por afán de no pasar, ni el Gobierno pasa de buena manera á la vista de todos, aunque él diga que es porque le miramos con malos ojos.

Sin embargo, pasa todo lo que dejo relatado, y seguirá pasando hasta que no pase nada de esto, y.... pasemos á otro asunto.

Quien diga que el que se baña en el Manzanares tiene envidia á los que se zambullen en el mar, no tiene razón, porque éste no puede compararse (créanlo ustedes) de ninguna manera á aquél.

El mar sólo es el mar; pero el Manzanares son muchos mares. La mar de estrecho, la mar de sucio, la mar de poca agua, y la mar de esteras con que cubren los sitios dedicados á los bañistas.

Sin contar con la mar de buenas cosas que se ven estos días allí.

Los cocheros purgan en este tiempo todas las pesetas falsas que en el invierno pasan á los que hacen uso de sus vehículos.

No hay quien tome un coche en este tiempo.

Porque, ¡quién, que sea absoluto dueño de una peseta, no se ha marchado ya, aunque sólo sea á Pozuelo!

RAP-SAG.



HISTORIETA, POR A. F.



Pues, señor, estas rosquillas deben ser muy buenas.....
¿Y qué á gusto las comería yo en compañía de mi
inolvidable Sara, la más hermosa de todas las de mi
raza!



Soberbia idea; y ella, que es agradecida, no va á tener
lengua para darme besos y para relamerse.



Y no podrán decir que soy ladrón; que ahí dejo el
cesto con la mayor parte.

¡QUÉ CRUELDAD!

PROTESTAS DE UNA DESVENTURADA

«Hoy, la gente liberal
de juicio y de corazón
clama por la abolición
de la pena capital
con muchísima razón.

Cuando un hombre se alucina
y da muerte á un desdichado,
la sociedad le acrimina
y le coge y le asesina
sin piedad, en un tablado.

¿Es racional esto? No.
¡Sólo Dios, que *improvisó*
los hombres y las mujeres,
puede quitar á los seres
la existencia que les dió!

Pues bien, si hay crueldad sin tasa
en dar garrote alevoso
al que á matar se propasa,
es mucho más espantoso
lo que á nosotras nos pasa.

¿No es, por lo injusto, irritante,
que incurriendo ciegamente
en las iras de la gente
se nos mate en un instante
porque herimos solamente?

Pues se nos mata al momento
¡Y es que nadie considera
que hincamos el *instrumento*
porque esa es nuestra manera
de buscarnos el sustento!

¡Por causar leve lesión
condenarnos á morir
sin pizca de compasión!
No debemos consentir
semejante humillación.

No, señor, no debe ser,
y es fuerza que esto concluya.»

Así se explicaba ayer
cierta pulga, al ver caer
á una pobre tía suya,
muerta por uña traidora
sobre el suelo entarimado,
¡por haberse propasado
á picar á una señora
en un sitio reservado!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

BOCETOS MILITARES

EL CORONEL CODORNIÚ

o era éste precisamente su apellido, pero sí uno muy semejante.

De todos modos, Codorniú es, ó mejor dicho, era un tipo.

Físicamente, sus cualidades más salientes eran su pronunciada nariz y su estatura elevada, hasta el punto de poder hombrear, en cuanto á buen mozo, con el primer gastador del Regimiento.

Comúnmente se encorvaba algo hacia adelante, no por el peso de los años, sino por la inexplicable manía de usar el bastón corto, lo que, como es natural, le obligaba á inclinarse para hallar el apoyo que buscaba en el bastón.

Llevaba la cabeza con el pelo cortado al rape, y usaba bigote largo y retorcido y mosca.

Ésta, sobre todo, le caracterizaba, hasta el punto de que sin ella no era posible imaginarse al coronel Codorniú. Su constante preocupación, ó, mejor dicho, su ocupación continua, era emplear en la mosca el índice y pulgar de la mano izquierda, como si con estos dedos quisiera arrancarse los pelos, ó como si al tirarse de ellos, siempre á compás de su conversación, quisiera decir á su interlocutor: «¿Ve usted esta mosca? Pues yo soy otra igual.»

Lo cual no era cierto, porque lo que es como mosca, el Coronel era bastante peor.

Queda dicho que al hablar llevaba siempre el compás, tirándose de la mosca: pero falta añadir que este compás lo acompañaba también dando golpes en el suelo con el corto bastón, que asimismo sostenía precisamente con el índice y pulgar de la mano derecha. De manera que en estado normal y de calma, cada palabra del Coronel iba simultáneamente acompañada de un tirón de la mosca y de un golpecito de bastón en el suelo.

Después de esto, no sé si habré conseguido pintar claramente la característica actitud de Codorniú cuando hablaba, pero al menos lo he intentado.

He dicho que el Coronel acompañaba cada palabra con un tirón con la mano izquierda y un golpecito con la derecha, y esto era para el subordinado que estaba delante buena señal; señal de bonanza y de que la advertencia del jefe no traía cariz de chillería.

Cuando á cada palabra acompañaba dos golpes... ¡malol, y si los golpes eran tres... ¡malísimo!; tempestad inevitable.

Y siendo esto seguro, y muy sabido, en cuanto un oficial entraba en el despacho del Coronel lo primero en que se fijaba era en la mosca, para desde luego saber por ella á qué atenerse.

Después de concedido el oportuno permiso, y ya frente á Codorniú, cogía éste el bastón y decía:

—¡Señor oficial! (dos golpes).

—Bueno—pensaba el subalterno, lata nada más;— y, efectivamente, las advertencias continuaban en el mismo tono y con idéntico diapasón y compás.

—Pero... ¡señor oficial! (y cuatro golpes).

—Chillería tenemos—pensaba el subalterno; y si los golpes eran seis—¡á Banderas voy!—decía la víctima.

Un día, por el médico, se enteraron los oficiales de que el Coronel sufría un doloroso panadizo en el pulgar de la mano izquierda, y se dijeron:

—¡Vaya, se inutilizó el barómetro! Hoy no hay golpes de mosca....

Pero, ¡ca! si Codorniú aquel día no pudo utilizar el pulgar, hizo en cambio tenaza con los dos siguientes, y así se tiró, menudeando por cierto los golpes y sufriendo de este modo algunos oficiales los efectos del panadizo.

Comentóse el caso en Banderas, preguntando un oficial:

—Pero, señores, antes de tener el Coronel pelo de barba, ¿de dónde se tiraría?

—Pues de las baricas.

—Efectivamente, por eso no tiene nada de chato.

El Coronel tenía la manía de las advertencias, á las que daba una importancia capitalísima, repitiendo en ellas los conceptos, con todas las palabras que hallaba sinónimas, y así decía:

Preveniones, advertencias, reglas y observaciones, indispensables, precisas y necesarias para el mejor, más útil y conveniente cumplimiento de tan importante y grave servicio.

Primera y principal....., etc.

Segunda y también principal.—Todas eran principales....., etc., y así un sinnúmero de advertencias para cualquier servicio, aunque éste fuera, como una vez lo fué, el encargar á un sargento que llevara á desabollar las ollas del rancho, para cuyo importante servicio le hizo 28 advertencias convenientemente numeradas y todas principales.

Lo peor del caso es que, después de tanto machacar, y cuando ya parecía que lo había dicho y redicho todo, al querer el subalterno retirarse con la sacramental frase de ¿no tiene V. S. más que prevenir?

—¡Ah, sí, ya se me olvidaba!..... Pues..... y allá iban otra vez las mismas advertencias.

En el Regimiento le llamaban el Coronel *Codorniz*, porque, ya se sabía, era capaz de dar siete golpes.

En sus preveniciones usaba fórmulas características. He aquí una rigurosamente histórica y que nunca olvidaba.

El oficial encargado de un servicio, de Vigilancia por ejemplo, entraba en el despacho del Coronel á recibir instrucciones, que siempre eran las mismas, y que ya había *sopertado* el oficial en el turno anterior.

—¡Mi Coronel!..... el oficial de Vigilancia á la orden de V. S.

—Usted ya ha hecho ese servicio.

—Sí, mi Coronel, muchísimas veces.

—Conoce usted ya las instrucciones, advertencias, etc.

—Todas, y al detalle, mi Coronel—se atrevía á interrumpir el oficial, queriendo así librarse de la *lata*; pero inútil recurso, porque aquí de la fórmula de Codorniz:

—*Empero, no obstante, sin embargo y á pesar de todo.....*

Y soltaba las *advertencias, instrucciones, reglas y preveniciones..... necesarias, etc., etc.,* para aquel servicio.



Codorniz era muy aficionado al dominó y un mediano jugador de billar.

En el primer juego, antes de poner una ficha amenazaba siempre con otra, aunque no casara, y cuando en su mano tenía el cierre soltaba las que tenía, y tirándose una vez de la mosca, decía: ¡Fichas! Si la cuenta le convenía, cerraba; si no, se daba otro tirón de la mosca, diciendo: ¡Á poner!

En el billar, antes de dar á su bola, apuntaba diez ó doce veces, y al cabo y al fin cambiaba de postura para tirar la carambola de otra manera.

Por algo en el Regimiento le llamaban el coronel *Codorniz*, y por algo también se tiraba Codorniz constantemente de la mosca.

RICARDO MONASTERIO.



DE REFRESCO

DISUJOS DE CUBA.



Dicen que la cerveza es una cosa muy rica, en cuanto uno se acostumbra; yo llevo doce años tomándola día por día, y nada, que cada vez me sabe peor.



Yo tomo cualquiera cosa, con tal de que haya camareras, porque soy stroz para las conquistas.



Yo, colada.



Hemos acordado los del club no refrescar más que con aguardiente barato, porque es más de hombres... y porque es más barato.



¡Cocido es lo que tomaría!



No hay como el vino en to tiempo, de verdaz.

La Reina del Tango

AL GENIAL POETA ZORRILLA SAN MARTIN

De Sevilla en el típico barrio
de la Macarena,
de una Venta de clásico aspecto
que á Bécquer recuerda,
en el patio que entolda una parra
de fruta repleta,
se congrega animado concurso
de alegres toreros y guapas flamencas.

De la Cava han venido concursos
de umbrías gudejas;
cantaoras de arábigos rostros
mandó la Alameda;
guitarristas que trinos arrancan,
si pulsau las cuerdas,
han llegado del barrio que linda
con la Pirotecnia,
para ver si es verdad, como dicen,
La Reina del Tango Salud la Morena.

Que es la niña más linda que vieron
nacer las riberas
que inspiraron de Lista y Arguijo
las trovas más bellas,
pues parecen sus ojos dos negros
diamantes, que quemán
más que el sol con sus fúlgidos rayos
pasando en estío cercano á la tierra.

Hiende el aire la grata armonía
de mora vihuela,
quedan todos mirando á la hermosa
Salud la Morena,
que en el corro, tendiendo los brazos,
se lanza risueña,
cual se lanza la nave á los mares
sus velas tendiendo, gallarda y serena.

Al compás que producen el choque
de sus castañuelas,
que bermejos y gualdos lacillos
por moños ostentan,
semejando partida en mil flecos
la patria bandera,
ya se yergue enarcando los brazos
y el talle cimbreo,
cual se mecen las árabes palmas
si el viento las besa,
ya se inclina y la falda recoge,
la eleva, la cife, la ondula y la suelta.

De sus pies la pequeña figura,
del patio en la arena,
con sus golpes continuos dejaron
confusas siluetas,
pues parecen dos férreos martillos
que azotan la tierra,
de la danza marcando los ritmos
que en ellos imprimen las anchas cañeras.

Cual si fuesen sus brazos dos aspas
que el viento impeliere,
de su cuerpo siguiendo las curvas
dan miles de vueltas;
mas apenas se anuncian del tango
las notas postreras,



(Ilustración de Salgado Clemente.)

van parando sus rápidos giros,
se elevan, se cimbran y en jarras se quedan.

Del concurso requiebros y olas
los aires atruenan,
juran todos por Reina á la hija
de la Macarena,
que de barrios extremos vinieron
tan sólo por verla,
y á la par que las luces del día
se extingue la fiesta....

Por las rondas se alejan cantando
toreros y jembras;
y entretanto las sombras envuelven
la típica Venta que á Bécquer recuerda.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA.

VARIEDADES

NOTAS ARTÍSTICAS

INTERESANTE

En el *Diario de Avisos* apareció, cierto día, uno, en el que se buscaba un sujeto de honra limpia para acompañar a un clérigo á las Islas Filipinas.

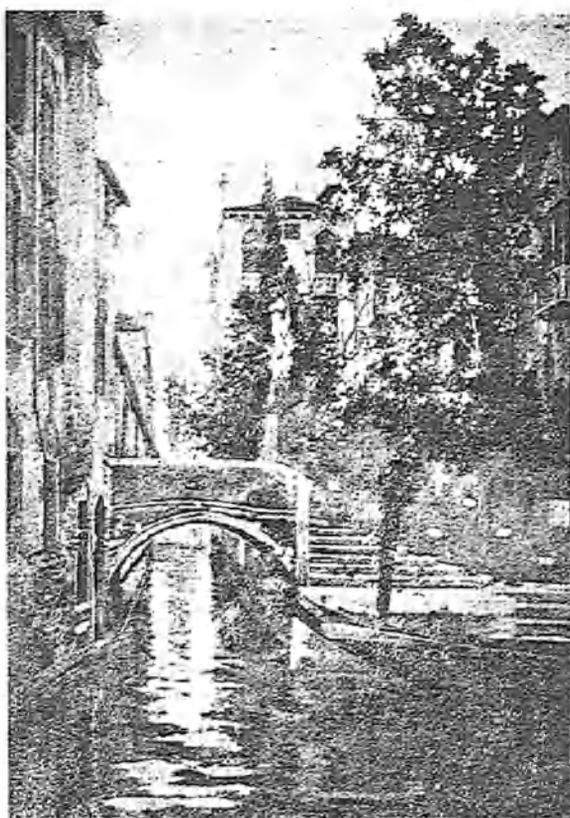
.....
A las tres de la mañana, y llamando muy de prisa, a casa del anunciante que como un santo dormía, llegó un mozo de buen porte, quien con sencillez olímpica, le dijo al interesado, con la mayor cortesía:
«Dispense, si le molesta mi presencia intempestiva, pero he visto que usted busca quien le acompañe á las islas, y en cuanto que me enteré me dije, voy en seguida á decir á ese señor que, por circunstancias críticas, no me conviene á mí ir en su honrada compañía.
.....
A eso vine, y ya me voy, y que usted tan bueno siga.

SINCERIDAD

Al comprarse un par de guantes un cochero de alquiler, le preguntó la guantero:
—¿Qué número tiene usted?
Y dijo, con mucha calma:
—«El quinientos treinta y seis»

EDUARDO SÁCO.

JOAQUIN LUQUE



VENECIA AL ALBA

JOAQUIN ARAUJO



RÍA DE VIGO

F I D E L I D A D

«Mi queridito Manuel,
no puedo escribirte más;
tú ya sabes que te quiero
y que mi amor seguirá
tan constante como ahora
por toda una eternidad.

que te escriba despidiéndome
hasta el valle Josafat.»

para arreglar un asunto
de urgente necesidad,
al volver, me fui al instante
a su casa, y *ojalá*
que no me hubiese en la vida

Cien mil cartas como ésta,

Pensar sólo que un segundo
te puedes de mí olvidar,
es cosa que me horripila
y que me sienta muy mal;
quíreme, cual yo te quiero,
que ya no puede ser más.

Aunque tengo la evidencia
de que no lo creerás,
si alguna vez sucediese
que me llegues a olvidar
por irte con otra, que
te pudiese gustar más,
oye bien lo que te digo,
que lo digo de verdad:
búscame en cualquier convento
si me quieres encontrar.

He estado pensando en ti
toda la noche, Julián,
y he pasado mala noche,
como tú comprenderás,
sin poder por un segundo
el sueño reconciliar;
lo dicho, si tú me faltas,
llegaré al caso fatal

ni una menos, ni una más,
he recibido en diez días
de mi *cara* Soledad,
una chica muy hermosa
y más *salada* que el mar.
Y el otro día que tuve
que marcharme a El Escorial

ocurrido idea tal;
que aunque supe que era cierto
que no me llegó a olvidar,
fué porque estaba con otro
recordando en santa paz
lo bien que hice yo aquel día
de marcharme a El Escorial.



—Y dices que me quieres, y no eres capaz de pagarme estas cuentas!
—No me hables de pagar, que con haber sido capaz de casarme contigo, las estoy pagando todas juntas.

GASPAR ABATI.

UN PADRE «INFELICE»

—¡Ay! qué triste es esto de no poder salir á veranear!—exclamaba Lolita, la chica mayor de Pavesín, sentándose de golpe en una silla baja.

—Hay que tener paciencia—contestaba el papá.—Lo principal es que haya salud y que dure este Ayuntamiento.

¡Pobre Pavesín! ¡Un hombre tan bueno tan limpio y tan hacendoso!

Es persona que ha estado muy bien, con una buena fábrica de velas en la calle del Sombrero y un despacho al por menor en sitio céntrico; pero el pobrecillo se arruinó del todo, porque compraba el sebo á 7, verbigracia, y lo vendía á dos y tres cuartillos; de modo que cuantas más velas despachaba, más dinero perdía, y últimamente llegó á decir á sus parroquianos con acento suplicante:

—¡Por Dios! No me compren ustedes nada. Cada libra de velas que despacho, es un puñal que me clavan ustedes en el corazón.

Pero las tres hijas de Pavesín, que eran muy vanidosas, deseaban seguir perteneciendo á la industria *estéfrica*, como ellas decían, é increpaban al honrado industrial en la siguiente forma:

—Papá, usted se debe al sebo; usted tiene un nombre respetable en el ramo y no debe renunciar á él.

El desdichado padre, no pudiendo luchar con su destino, acabó por derretir todo el sebo que le quedaba y regalárselo á las personas de su amistad, á fin de que lo utilizasen en los cataros.

Hoy vive de un modesto destino que le han dado en el Ayuntamiento, gracias á su amistad con un edil; pero las niñas no se conforman con la adversidad y se pasan el día recordando aquellos meses deliciosos del estío, pasados en Aravaca.

—¿Te acuerdas del gazpacho campestre con que nos obsequió el año pasado la señora de Regúlez, el sindió de Pozuelo?—pregunta Lola á Julita.

—No me lo traigas á la memoria—contesta Julita.

—¡Qué felices éramos entonces! pero la baja del sebo nos ha fastidiado.

—¡Tener que permanecer todo el estío en la calle de la Berengena!.....

Pavesín oyó esto y sufre, pues por su gusto se iría á veranear con sus tres ángeles á Torrejón, Torrelaguna, ó cualquier otro punto de recreo.

—Papá—le dicen las niñas en cuanto llega la noche.—Póngase usted el chaqué de pintas y la corbata de lazo azul.

—¡Dios mío!—exclama él echándose á temblar.

—Es preciso que nos acompañe usted con la decencia arreglada á nuestra educación.



—¡Pero, si es un chaqué de riguroso invierno! ¡Me voy á saar!

—No importa. Nadie va á venir á tocar la tela. De noche todas las prendas parecen de verano.

Y el pobre Pavesin se decide á sudar la gota gorda en el Prado, de nueve á doce. De cuando en cuando se acerca á una de sus hijas, la de mejor corazón, y la dice tristemente:

—Doroteita; sóplame por entre el cuello y la carne á ver si consigo algún frescor. Parece que me están pasando la plancha por el cutis.

Bien dicen que en Madrid sólo permanecen durante el verano las personas sin recursos. Todo el que tiene doscientos reales se va por ahí á respirar el aire marino y á comer sardinas frescas.



Las de Pavesin y otras permanecen durante el día encerradas en sus respectivos cuartos cuartos, sin más velo pudoroso que la camisa, ni más alimentación que el tomate. Por las noches se lanzan á los paseos públicos llenas de ilusiones, creyendo tropezar con un enamorado doncel, de posición independiente, que las diga con acento entrecortado por la emoción:

—Soy joven, soy rico, soy nervioso sin exageraciones peligrosas. ¿Quiere usted concederme su mano y partimos inmediatamente para Morata de Tajuña?

Mas ¡ay! casi nunca se realizan estos hermosos sueños, y lo más que suelen encontrar las de Pavesin en sus paseos nocturnos, es algún joven de americana de lanilla (el traje completo 25 pesetas) y zapatos blancos (24 reales), que toma en los puestos de las esquinas agua de cebada natural (5 céntimos) y paga un pupilaje de dos pesetas en la calle del Salitre.

Algo daría Pavesin por despachar á sus tres retoños, tanto que se propone ver si encuentra en la oficina del Municipio quien cargue con una, cuando menos; y está catequizando á un chico del Negociado de atarjeas, con seis mil reales anuales, á quien dice todos los días:

—Usted está mal así, querido Macarro. Á usted lo que le conviene es casarse.

—Déjese usted de historias.

—Vamos á ver; ¿cuánto paga usted de pupilaje? ¿Qué le dan

usted de comer? ¿Quién le quida á usted la ropa? Nada, nada, le voy á casar á usted lo antes posible.

Macarro se ríe; pero poco á poco se irá conmoviendo, y ha de llegar día en que le veamos unido para siempre á cualquiera de las niñas de Pavesin.

El cielo permita que sea pronto para satisfacción de aquel padre infeliz, condenado á cadena temporal y á chaqué de invierno.



